

BELGRANO, MITRE Y ALBERDI

Por el Académico Dr. ENRIQUE DE GANDÍA

Los historiadores de la historiografía argentina no han analizado la crítica durísima que Juan Bautista Alberdi hizo a la clásica obra de Mitre sobre Manuel Belgrano. Mitristas y antimitristas leyeron impresionados los *Grandes y pequeños hombres del Plata* y guardaron silencio. Las excepciones son pocas e intrascendentes. La palabra de Mitre tenía demasiada autoridad para ser puesta en duda. Las investigaciones históricas no habían alcanzado el desarrollo que tienen en estos momentos. Las grandes preguntas de Florencio Varela sobre el espíritu y los fines de los hechos de Mayo, no encontraron respuesta. La escuela de Echeverría, confirmada por Mitre, por Vicente Fidel López y por los innumerables historiadores que siguieron sus huellas, había sentado principios inmovibles. Tenía, además, los antecedentes de los predicadores criollos, justificadores de la ruptura con España, y estaba apuntalada por la doble leyenda negra de Las Casas y de Antonio Pérez, el infiel secretario de Felipe II. Alberdi era el primer revisionista de la historia argentina; el primer crítico que veía luces que otros historiadores no distinguían o se empeñaban en no ver. Pero Alberdi era un jurista, no era hombre de archivos, y Mitre era el primer gran investigador argentino que había sacudido los documentos y escribía páginas nuevas en una constante y deslumbrante revelación. Alberdi no fue refutado y no fue apoyado. Nadie sabía cómo combatirlo ni como sostenerlo. Por ello el silencio lleno de dudas, de excep-

ticismo y de inquietud. Lo seguro era que Alberdi había echado las bases de una nueva historia argentina que no encontraría continuadores hasta José León Suárez.

Era una nueva historia que permanecería arrumbada durante un siglo y sólo sería reeditada con bajos fines políticos, de detracción de un gran hombre, por rosistas o calumniadores de nuestro pasado. El tiempo, no obstante, ha permitido un cambio profundo. Alberdi no es excluido de los estudios sociales, jurídicos, políticos o históricos. Sus obras vuelven a publicarse para bien de nuestra cultura. Los juicios se han serenado. Hoy nadie podría decir, como se le arrojó en cara mientras vivía, que fue un traidor; ni tampoco se aceptarán todas sus palabras de defensa, de justo rencor y noble despecho. Por ello se pueden leer sus obras con la conciencia de que se está saboreando el pensamiento de uno de los hombres más ilustres de América y del verdadero e innegable constructor de la Argentina moderna: del teórico que le dio su Constitución, su estructura económica y su capital. Alberdi es, además, el primer historiador que vislumbró verdades que hoy algunos historiadores sostenemos con una documentación muy difícil de refutar. Es, como dijimos, el primer revisionista y el fundador de una escuela histórica que en la segunda mitad del siglo XX está avanzando en forma incontenible.

Alberdi expuso esta revolución de la historiografía argentina en su impresionante libro sobre la monarquía en América. Sus verdades alcanzaron un noventa por ciento de lo que algunos historiadores sostenemos hoy en día. No llegó a más porque, en su tiempo, no habían sido analizados los documentos que han aparecido más tarde. Su libro *Grandes y pequeños hombres del Plata* fue escrito en 1865, a fines de la guerra contra el Paraguay, y tuvo un doble y abierto propósito: destrozarse a Mitre y mostrar aspectos insospechados de la historia argentina¹. El centro de este estudio, de esta labor y de este ataque, fue la figura de Manuel Belgrano. Mitre había publi-

¹ Utilizamos, para este comentario, la edición de Alberdi, J. B., *Grandes y pequeños hombres del Plata*, inserta en la colección dirigida por Lousteau Heguy, G. A. y Lozada, S. M., *El pensamiento político hispanoamericano*, Ediciones Depalma, Buenos Aires, 1964, tomo VI, pp. 175-370.

cado la primera edición de su obra monumental en la *Galería de Celebridades Argentinas* en 1857. Este comienzo de su futura obra, pues sólo llegaba hasta el año 1812, fue continuado en los años 1858 y 1859 con dos tomos de seiscientas páginas cada uno que alcanzaron hasta el año 1816. La tercera edición apareció en 1876 y la cuarta, definitiva, en 1886. Como es notorio, cada edición se fue enriqueciendo y llegó a abarcar no sólo la vida de Belgrano, sino la independencia argentina y la guerra civil que le sucedió.

Alberdi comentó la edición de 1859. Había tenido tiempo de meditarla. No era hombre de archivos, como dijimos; pero, como recordó en su autobiografía, de niño se había sentado en las rodillas del general Belgrano. Este era amigo de su padre y entretenía al niño Juan Bautista con los cañoncitos que servían para planear las maniobras sobre una mesa. Había, por tanto, tenido una gloria que pocos hombres, en su tiempo, podían exhibir: haber hablado con el general Belgrano y conocer, a través de los testimonios de los documentos y de su familia, las verdaderas ideas del gran prócer argentino. Por ello, seguro de sus afirmaciones, aprovechó la obra de Mitre para escribir un libro que, repetimos, causó sensación. Mitre, que polemizó sobre el mismo tema de Belgrano y la independencia argentina con Dalmacio Vélez Sarsfield, en 1864, y con Paul Groussac, un poco después, no contestó directamente a Alberdi. Era una polémica que, para él, sólo merecía el desprecio. Mitre fue injuriado. Alberdi hizo de Belgrano y de Mitre un solo o doble problema. No se sabe, aún hoy, si Alberdi escribió esa obra para disminuir a Mitre o para mostrar aspectos de las ideas políticas de Belgrano que, en aquel entonces, podían sorprender.

Alberdi censuraba a Mitre, en primer término, que dedicase a estudios de historia, tiempo que enajenaba a la nación. Mitre estudiaba historia para "pasar ocupado su tiempo de presidente, es decir, su tiempo desocupado". Además, Mitre quería *hacer* historia de Belgrano después de haberla *escrito*. Por ello, como Belgrano, encabezaba una guerra al Paraguay. "Ir al Paraguay es sinónimo de ser un Belgrano". Mitre, según Alberdi, pretendía llevar al Paraguay la misma misión que, en

1810, había llevado Belgrano. Todo esto le parecía ridículo. En el *Prefacio*, posterior a la polémica de Mitre con Vélez Sarsfield, Alberdi recordó que Mitre había dicho de Florencio Varela que "murió sin entender la revolución", y que para él, Alberdi, "la revolución argentina es una comedia" ². Mitre se refería a la comprensión que Varela había tenido de los hechos de Mayo: acto de pura adhesión a Fernando VII para no caer bajo el dominio de Napoleón, ni ser protegidos por Gran Bretaña, ni tener a la infanta Carlota como reina de América. El drama que Alberdi había escrito sobre los hechos de Mayo, en el cual explicaba los sucesos con un criterio muy próximo al de algunos historiadores contemporáneos nuestros³. Las palabras de Mitre habían indignado a Alberdi. "Que hable así de Florencio Varela -decía- se comprende. Él está muerto, lo cual es cómodo para hablar contra él, sobre todo si tiene hijos que, lejos de defenderlo, se hacen editores oficiosos y galantes de los ataques de un presidente, que puede dar empleos, contra un muerto que ya no puede dar sino lo que ha dado: la distinción de su nombre". En cuanto a él, "si la revolución fuera para mí una comedia, mi posición no sería la que es. Mis opiniones me cuestan el destierro de toda mi vida". Y agregaba: "Yo no he escrito para ser gobernador, ni presidente, ni ministro: he escrito para perder mi puesto cuando he sido ministro"⁴. Por otra parte, Mitre había sido el antagonista de Alberdi en la gran obra de reconstruir la nación después de la caída de Rosas. Alberdi había querido convertir a Buenos Aires

² Alberdi, *Ob. cit.* p. 181.

³ El drama de Alberdi se tituló: *La Revolución de Mayo. Crónica dramática*, y apareció en 1839 en "La Revista del Plata". La primera parte, titulada *La opresión*, no se publicó nunca, lo mismo que la cuarta parte, *La Restauración*. Aparecieron las dos partes centrales: *El 24 o la Conspiración* y *El 25 o La Revolución*. Hay muchas ediciones. Una tiene una introducción de Ricardo Rojas y fue publicada por el Instituto de Literatura de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Nosotros hemos analizado la parte dramática y la parte crítica del propio Alberdi en nuestro libro *Historia del 25 de Mayo* (Buenos Aires, 1960, pp. 434-444) Alberdi presentó en la parte dramática el aspecto convencional del 25 de Mayo, el que la tradición ha conservado, y en la parte crítica, analítica, expuso sus ideas, muy diferentes y próximas a las últimas conclusiones de las investigaciones modernas.

⁴ Alberdi, J. B., *Ob. cit.* p. 183.

en capital de la república para que las rentas de la aduana fuesen realmente un tesoro nacional y se repartiesen entre todas las provincias. No podía, por tanto, decirse de Alberdi que se reía de la revolución porque había deseado "un presidente encargado de dar renta a la nación, en lugar de encargarse de confiscársela para una provincia"⁵.

Alberdi quiso destruir la obra de Mitre sobre Belgrano desde los mismos fundamentos de la inspiración. "El Belgrano de Mitre -escribió- pertenece a Lamas como idea, porque se trata de un Belgrano ideal, no del general argentino que todos conocieron". Andrés Lamas, en el Brasil, había concebido el proyecto de escribir una vida de Belgrano. Mitre, en su correspondencia con Lamas, le expuso su propósito de redactar una vida de Artigas. Los dos amigos trabajaron en sus obras, reuniendo materiales e imaginando cómo las desarrollarían. El mismo Mitre ha recordado este origen simpático de esta doble concepción, hasta que ambos estudiosos comprendieron que, por sus nacionalidades y tendencias políticas, debían cambiar las labores: escribir Lamas la vida de Artigas y Mitre la de Belgrano. Mitre, a medida que fue avanzando en la investigación de la historia de Artigas, fue sintiendo hacia el prócer uruguayo un alejamiento cada vez mayor. Comprendió que había sido, por innumerables razones, justas e imaginarias, un enemigo de Buenos Aires y juzgó más correcto dejar la glorificación de ese personaje a un uruguayo y dedicarse él a un héroe tan digno de estudio como Belgrano⁶. Todo esto es muy

⁵ Este es el *leit motiv* de gran número de obras políticas de Alberdi. Durante largos años, prácticamente desde el 1853 hasta el 1880, sostuvo la doctrina de la capitalización de Buenos Aires, de transformar a esta ciudad en Capital Federal de la República. Su tesis es la que triunfó con el apoyo del general Julio A. Roca y del presidente Nicolás Avellaneda, ambos tucumanos como él. Son unas miles de páginas las que dedicó a esta prédica continua.

⁶ Mitre sintió por Artigas una profunda antipatía. Este sentimiento se advierte en sus obras clásicas y aun en trabajos periodísticos. A Vicente Fidel López le declaró, en el instante de su reconciliación, que ambos habían enterado la figura de Artigas. Mitre enumeró las causas por las cuales desdeñaba a Artigas en una carta a Carlos Calvo fechada en Buenos Aires el primero de diciembre de 1856, poco antes de publicar, en 1857, su primer ensayo sobre Belgrano. Hemos dado a conocer este documento inédito en el tomo IX de las *Memorias* del general Tomás de Iriarte, *Juan Manuel de Rosas y la defensa de Montevideo* (Buenos Aires, 1953), pp. CCLII-CCLXXII.

raro y muy puro; pero Alberdi destacó cruelmente que la inspiración de la vida de Belgrano no la había tenido Mitre, sino Lamas, y que Lamas la había concebido en el Brasil, que era un imperio, porque Belgrano, siempre, había sido un hombre de ideas monárquicas y no republicanas. Mitre había tratado de quitar importancia a las ideas monárquicas de Belgrano, había llamado errores pasajeros o desvíos intrascendentes a los esfuerzos de Belgrano en favor de una monarquía. Mitre había desnaturalizado a Belgrano, lo había transfigurado y falseado, y esto es lo que Alberdi se empeñó en demostrar. Demás está decir que aprovechó la ocasión para mezclar Belgrano y Mitre en una argumentación de política de esos momentos y achacar a Mitre todos los males que sufría la Argentina.

La colaboración recíproca de Mitre y Lamas para escribir las vidas de Belgrano y de Artigas es bien conocida. La expuso, repetimos, el propio Mitre. Las cartas de ambos historiadores, sobre este particular, fueron publicadas. Nosotros hemos estudiado y referido este episodio en nuestras conferencias en la Institución Mitre sobre *Mitre, bibliófilo*⁷. No es necesario recapitular este hecho. Destacamos, en cambio, el espíritu malévolo con que Alberdi consideró el acuerdo de Mitre y de Lamas para cambiar los temas de sus estudios. "Si no se ha apropiado la idea -decía Alberdi de Mitre-, el pensamiento de la obra es de otro, se ha apropiado los materiales reunidos y buscados para la obra de otro. Peor si es él mismo quien los reunió, porque al despojo se añade la infidencia". El colmo de la malignidad puede ser el siguiente: Mitre declaró haber consultado cinco mil documentos para escribir la vida de Belgrano. Fue un esfuerzo digno de la mayor admiración al cual todo historiador quisiera acercarse. Pues bien: Alberdi escribió que una vida como la de Belgrano no requería ser referida con un número tan grande de documentos. "Una biografía no necesita miles de documentos sino cuando el personaje que es objeto de ella ha tenido una reputación contraria a la que merece; cuando su vida ha sido un enigma, sus accio-

⁷ De Gandía, E., *Mitre, bibliófilo*, Buenos Aires, 1939.

nes una serie de problemas, su nombre un tema de controversias y de dudas inescrutables". Belgrano no estaba, según Alberdi, en el caso de Maquiavelo, de Robespierre, de Cronwell "para que su honradez necesite probarse con cinco mil documentos". Es un consejo y una opinión que, por cierto, no pueden pasar a un manual del perfecto historiador: las vidas de los hombres excelentes no necesitan ser documentadas. El crédito de Belgrano lo dispensaba de los documentos. Además, Mitre, con esa documentación, había demostrado que no tenía vocación para escribir esa biografía.

Mitre comprendía más el localismo federal de Artigas que el centralismo monárquico de Belgrano. La prueba se hallaba en el hecho de que Artigas había formado a Fructuoso Rivera y don Frutos había formado a Mitre...

Alberdi fue el primer ironista argentino. Sabía ironizar en política como ningún otro político de América. En el Boletín de la Unión Panamericana de Washington hemos estudiado la fina ironía de Alberdi. Era una ironía aniquiladora, lógica, irrefutable. Hace unos pocos años, otro ironista argentino, el señor Enrique Loncán, creó la figura patriotesca del "dueño del héroe": el personaje sin méritos que se hace famoso cuidando la gloria de un héroe. Cada héroe tiene su patrón o su dueño que lo mantiene vivo en la memoria y en la gloria del país. Pues bien: Alberdi fue el primero en señalar la existencia y el ridículo de estos personajes. En América, decía⁸, hay "un parentismo o raza de nulos que viven de la vida póstuma de los muertos ilustres". Los hijos tenían por pedestal la gloria de sus padres. "Así, Balcarce vive de los apellidos de su familia; Saavedra no tiene otro título. Mitre carecía de padre célebre y Belgrano carecía de hijo; Mitre entonces se apoderó de Belgrano y se constituyó su hijo adoptivo escribiendo su vida y haciéndole su hombre y su propiedad. Desde entonces, quien dice Belgrano dice Mitre; por más que Mitre no signifique Belgrano". Mucha gente, al leer estas líneas, reía ocultamente. La ironía de Alberdi se extendía también a Sarmiento: "Si Mitre se ha parado sobre la estatua de Belgrano, para hacerse

⁸ Alberdi, J. B., *Ob. cit.* p. 191.

visible, Sarmiento se para encima de Mitre o sobre los dos, con la misma mira"⁹. Por otra parte, para hacerse superiores a Belgrano, Mitre y Sarmiento habían publicado sus defectos, sus procesos, y criticado sus faltas.

Alberdi explicaba cómo había dos maneras de escribir historia. Una era una especie de mitología política, una historia forjada por la vanidad, y otra según los documentos. Esta última tenía pocos cultores por el temor de decir la verdad y lastimar la vanidad de un país. Una atribuía a los hombres la fuerza del progreso; la otra buscaba las fuerzas o intereses que generaban los hechos. Mitre, en su vida de Belgrano, había unido, según Alberdi, los dos sistemas. Así había hecho una leyenda documentada, una fábula revestida de certificados. Los principios determinantes de hechos históricos eran representados por hombres.

Alberdi no tenía en cuenta la historia de las ideas. La presentía, pero no la había descubierto. En vez de ideas decía principios o intereses. Por ello sostenía que el mérito de la independencia no pertenecía a los militares, sino al "interés y la acción de la Europa en favor del libre acceso de la América para su industria, su marina y su comercio". Los adulones de la vanidad nacional presentaban como un peligro lo que era el sostén de su independencia. "Tal es el defecto de la historia de Mitre, repetición de las preocupaciones tradicionales que el país se ha formado de sus hombres y de sus hechos"¹⁰.

Repetimos que Alberdi tomó la historia de Belgrano como un pretexto para rebajar a Mitre y exponer sus ideas sobre la ciencia de la historia. Muchas son discutibles. Otras conservan su brillo y exactitud. Entonces como ahora existían prejuicios y convencionalismo. No había libertad para expresar la completa verdad porque ella habría irritado causando preocupaciones y convencimientos. Entre historiadores, muy a menudo, las divergencias eruditas se convierten en enemistades personales. El caso de Mitre y Alberdi es todo lo contrario: las divergencias personales, por profundas causas políticas, se transforma-

⁹ Alberdi, J. B., *Ob. cit.* p. 191.

¹⁰ Alberdi, J. B., *Ob. cit.* p. 193.

ron en la crítica histórica más feroz de aquellos años. Alberdi exponía los obstáculos que debía afrontar un historiador.

El historiador, las más de las veces, no es libre de leer los documentos con sus propios ojos. Tiene que leerlos con los ojos del país. No es libre de entenderlos con su entendimiento propio; tiene que entenderlos con la inteligencia del común. En este sentido puede publicar los documentos; pero no es libre de hacerles decir lo que dicen. La verdad está prohibida implícita y tácitamente como una brutalidad, si es desagradable para el amor propio del país o poco favorable a la gloria de sus grandes hombres. Contra la gloria nacional no hay derecho ni verdad que se tenga. El objeto de tal historia es la gloria, no la verdad¹¹.

Era indudable que en la Argentina no podía cultivarse una historia de verdades y sólo debía difundirse una historia de glorificaciones. La doble leyenda negra americana y europea en contra de España había alcanzado su máxima expresión. Los héroes fundadores de la patria habían sido todos antifernandistas, partidarios, desde un primer instante, de la independencia y fervientes republicanos. Si alguna vez habían manifestado, abiertamente, ideas políticas muy diferentes había sido por razones de Estado. La simulación monárquica se había convertido en un dogma. Por ello, para escribir la historia de un país, decía Alberdi, era necesario escribirla en un país vecino. La historia escrita en el propio país era una historia de complacencia, galante, al punto del país. Un presidente como Mitre no podía escribir "más que una clase de historia, la historia para gobernar, la historia oficial, la historia según la voluntad general, según la opinión de los gobernados, es decir, de los que no estudian, y no según la propia opinión"¹².

Mitre había querido ubicar la figura de Belgrano en el marco de su época. Ahora bien: a juicio de Alberdi, esa colocación era impropia y errónea. La época iba por un lado y el pensamiento y los esfuerzos de Belgrano por otro. Belgrano era grande, no por lo que había hecho, sino por lo que había querido hacer. La mitad de su obra no se había concluido. La

¹¹ Alberdi, J. B., *Ob. cit.* p. 194.

¹² Alberdi, J. B., *Ob. cit.* p. 196.

independencia había sido una faz de la revolución. La faz más importante era la forma del gobierno que debía reemplazar al español. En este sentido había una tendencia en favor de un gobierno centralista republicano, otra tendencia en favor de un gobierno republicano descentralizado o federalista, y otra tendencia en favor de un gobierno republicano en su origen, pero depositado en un soberano; es decir: la monarquía representativa de Belgrano y San Martín¹³.

Alberdi entró de lleno en el gran tema de las ideas monárquicas. Durante muchos años, en nuestra patria, se presentó a los notorios monarquistas de nuestra historia como unos hábiles simuladores. Todo habría sido en ellos simulación: fidelidad a Fernando VII, monarquismo, búsqueda de príncipes o reyes en Europa, etcétera. Las razones que los defensores de la simulación monárquica exponen para demostrar su teoría hoy no convencen a todos los críticos. Nos limitamos a sintetizar las afirmaciones de Alberdi.

Belgrano luchó por la independencia y por la monarquía. No compartió el pensamiento de Moreno, de convertir a Buenos Aires en una ciudad y en un cabildo protector de las demás ciudades del ex virreinato, ni el de los caudillos, de dar una autonomía a cada provincia. Quiso una dinastía americana, por adopción de nacimiento. Eran los propósitos de San Martín, de Alvear, de Pueyrredón, de Monteagudo, de Posadas y otros. En 1808 trató de imponer la monarquía de la infanta Carlota Joaquina, hermana de Fernando VII; en 1814 quiso traer a reinar a Francisco de Paula, otro hermano de Fernando VII, y en 1816 pensó en un descendiente de los incas. Belgrano y San Martín no pudieron instalar una monarquía por la oposición de la Europa monárquica. "La república se inauguró por sí misma, como resultado de ese hecho". Esta era la causa por la cual la idea de rehabilitar a Belgrano había nacido en el Brasil, donde se hallaba Andrés Lamas. Mitre se había apoderado de ese proyecto para presentar un Belgrano que no fuese todo lo contrario de quienes se decían sus imitadores¹⁴. Las palabras con que Mitre juzgaba el monarquismo de Belgrano

¹³ Alberdi, J. B., *Ob. cit.* p. 198.

eran estas: "Pérdida de la fe en sus propios recursos", "Cansancio de la lucha", "Fluctuación de las ideas políticas sobre la forma de gobierno", "Combinación tan inhábil como pueril", "Extravío momentáneo en sus convicciones políticas, error pasajero", etcétera¹⁵.

En verdad, estas explicaciones mitristas hoy no convencen a los historiadores de las ideas que conocen muy bien los principios monárquicos de la mayoría de los políticos de aquellos años, empezando por los hombres de Mayo y concluyendo con los congresistas de Tucumán. Belgrano, sostenía Alberdi, pensaba como el conde de Aranda en tiempos de Carlos III, como Chateaubriand en 1822, como lord Aberdeen en 1830, como lord Palmerston, Guizot y otros grandes hombres de la guerra liberal y como la practicó el Brasil, que había llegado a ser el Estado más poderoso de América después de los Estados Unidos. No era un crimen el monarquismo de los padres de la patria¹⁶.

Alberdi hallaba otro motivo de crítica en la afirmación de Mitre de que una faz de la llamada revolución había sido la independencia y otra la lucha interior. La realidad histórica no puede desmentir este hecho, pero Alberdi lo desmenuzaba muy sensatamente. "Esto es explicar la revolución argentina con las explicaciones que se han dado de las revoluciones de Francia y de Inglaterra".

En efecto: en esos dos países, el pueblo había luchado contra la nobleza, la libertad contra el despotismo. "En América, la lucha era entre el país americano y el país español, que lo había poseído como colonia: no era lucha de dos partidos americanos. Dentro del país no había lucha de clases, en cuanto al objeto de la revolución. El pasado no tenía defensores. Ningún argentino peleaba para volver a ser colono de España, ni por la nobleza, ni por el trono. Así, ninguna analogía con las revoluciones a que Mitre toma su explicación"¹⁷.

¹⁴ Alberdi, J. B., *Ob. cit.* p. 199.

¹⁵ Alberdi, J. B., *Ob. cit.* p. 200.

¹⁶ Alberdi, J. B., *Ob. cit.* p. 202.

¹⁷ Alberdi, J. B., *Ob. cit.* p. 203.

A la distancia de un siglo de estas polémicas es interesante comprobar cómo se superan con conocimientos que en aquel entonces no se poseían o no se habían suficientemente aclarado. Ni Mitre ni Alberdi estuvieron exactamente en lo cierto, aunque ambos anduvieron cerca de la verdad. Su desorientación provino del empeño de llamar revolución a lo que fue una inmensa guerra civil. Uno creyó que esa revolución había tenido un fin interior; el otro sostuvo que su fin fue la lucha exterior, internacional. Ni uno ni otro advirtieron la oposición de los dos partidos políticos que encendió la guerra civil: el de las Juntas y el del Consejo de Regencia, o sea, gobiernos locales americanos o un supergobierno peninsular sobre toda América. Tampoco comprendieron la oposición del liberalismo y del absolutismo, del constitucionalismo y del anti-constitucionalismo. No hicieron, en una palabra, historia ni análisis de las ideas políticas de aquel entonces. Por ello sólo tuvieron intuiciones y no hicieron comprobaciones. Por ello, aún hoy, hay tantos historiadores que no comprenden el espíritu de la historia argentina aunque tienen de ella un conocimiento amplio de nombres y fechas. Dijo Alberdi: "La lucha era entre el país americano y el país español", y añade: "No era lucha de dos partidos americanos". Hoy debemos reconocer que si el país americano combatió contra el país español fue, precisamente, porque el fundamento de esa lucha era el de dos partidos americanos y a la vez españoles: el partido de quienes querían gobernar desde España o en la misma América sin Constitución, en forma absolutista, y el partido de quienes querían gobiernos españoles y americanos constitucionales y hasta estaban dispuestos a admitir una monarquía con tal que fuese constitucional. Terminó por triunfar el partido constitucional: el ideal de Mariano Moreno expuesto y defendido insistentemente en la *Gazeta* de 1810 y tomado de los escritos de Melchor Gaspar de Jovellanos¹⁸. Pero el partido de los vencidos, de los absolutistas, no se resignó y reanudó la lucha dentro del país. Esta lucha, además, tuvo otra causa poderosa: la exclusividad del puerto de Buenos Aires para la provincia

¹⁸ De Gandía, E., *Mariano Moreno: su pensamiento político*, Buenos Aires, 1968.

de este nombre en detrimento de todo el resto del país. En esto, Alberdi es el maestro insuperado e insuperable. "No hubo en el combate -dijo- sino republicanos federales y republicanos unitarios. Este accesorio de la República, esta forma de la forma, fue todo el objeto de la guerra civil. La república en si estuvo fuera de combate, pues no hubo partido monarquista que la resistiera"¹⁹.

Las luchas de federales y unitarios dejaron prácticamente al país sin gobierno. La nación, que había estado sometida a España, quedó independiente de nombre, pero sometida de hecho a Buenos Aires. Esta realidad es la que Alberdi tiene el mérito de haber demostrado en forma incontrovertible. Belgrano fue un patriota monárquico. Quería una independencia monárquica que habría consistido en un país inmensamente más extenso que la actual república argentina. Bien sabido es que se habría extendido sobre el antiguo virreinato, Chile y Perú. Habría abarcado seis repúblicas actuales: Argentina, Bolivia, Uruguay, Paraguay, Chile y Perú. Los estudios de Leoncio Gianello y de Pérez Guilhou no dejan dudas. Alberdi comprendió estos hechos hace un siglo y combatió a Mitre que consideraba la monarquía un error o desviación. La república se impuso porque Europa se negó a dar un rey que viniese a gobernar en estas regiones. Escribía Alberdi:

"Decir que la opinión estaba en contra de San Martín, Belgrano y el Congreso de Tucumán en 1816, sobre forma de gobierno, es decir que la opinión estaba contra todos y sus únicos representantes, tras los cuales marchaban ciegamente.

Entonces, ¿a qué título los seguía? ¿a qué título eran grandes? ¿a qué título están hoy sus estatuas en las plazas públicas?

Lo que representa Belgrano, en la revolución, es el pensamiento de fundar por ella y para ella un gobierno monárquico, derivado del principio nuevo de la soberanía del pueblo americano"²⁰.

¹⁹ Alberdi, J. B., *Ob. cit.* p. 203.

²⁰ Alberdi, J. B., *Ob. cit.* p. 207.

Alberdi se separó de los historiadores que buscaban el origen de los hechos de Mayo y de la independencia en la propia América. Sostuvo rotundamente que ella tenía su origen en Europa, en los acontecimientos españoles de 1808. Mitre, románticamente, escribió que Belgrano era el yunque de la Junta; Moreno era el martillo. Y Alberdi preguntó: ¿Quién era el herrero? Había sido el siglo el verdadero revolucionario de Mayo²¹. Otro error de Mitre era atribuir a Belgrano la idea de la llamada revolución. "Tal punto de vista es falso, y el mismo testimonio de Belgrano lo desmiente (ver su autobiografía)". Otro error de Mitre era explicar la revolución argentina por los hombres de Buenos Aires. Según Alberdi, "lejos de ser los autores de la revolución, es ésta la autora de ellos". También era erróneo vincular la historia del Consulado de Buenos Aires a la historia del libre cambio, "lo cual es falso, pues toda América ha entrado en libre cambio sin el auxilio del Consulado de Buenos Aires". Asimismo era ingenuo atribuir a las invasiones inglesas el germen de la idea de independencia. "En Chile, en Venezuela, en Bogotá, en Méjico, no hubo tales expediciones inglesas y hubo partido patriota, revolución y patria independiente". Alberdi, indudablemente, comprendía mejor que otros historiadores el gran problema de los orígenes de la independencia americana. Había sido una guerra civil entre principios políticos opuestos, nacidos del choque que esos mismos principios habían tenido en Europa. "Majaderías o adulaciones bajas a la vanidad del vulgo -escribía Alberdi-. La revolución argentina es un detalle de la revolución de América; como ésta es un detalle de la de España; como ésta es un detalle de la revolución francesa y europea"²².

Todos los testimonios que se refieren a los orígenes de la independencia explicaban, en efecto, que la prisión de los reyes españoles, el régimen de las juntas populares de gobierno y la oposición que el partido del Consejo de Regencia hizo a

²¹ Alberdi, J. B., *Ob. cit.* p. 211.

²² Alberdi, J. B., *Ob. cit.* p. 213.

las juntas, fueron las causas de la guerra civil conocida con el nombre de revolución. Por ello Alberdi expresó que la revolución -por el estado político que se vivía en Europa y, particularmente, en España- fue la que hizo a los hombres de Buenos Aires. Pero había intereses especiales en adjudicar a los hombres de España la gloria de lo que había sido obra del tiempo. En esta forma -decía Alberdi- "se hace un ídolo de la gloria militar, que es la plaga de nuestras repúblicas". Y agregaba: "Ese error intencional de la historia, cometido por cálculo frío y egoísta de ambición, tuerce toda la política de América y echa a los pueblos independientes en el camino de su ruina". Por ello, la discusión de Vélez y Mitre sobre los verdaderos autores de la independencia, con motivo de Belgrano y Güemes, "es completamente pueril; discusión de muchachos de escuela o de viejas majaderas"²³.

Mitre atribuyó a Belgrano la creación de la bandera. Así fue, en verdad, pero no fue Belgrano el creador de los colores ni de la escarapela. Alberdi destacó muy bien estos hechos. La bandera de España se desplegó en la mayoría de las luchas de la independencia en ambos bandos. En el Perú, San Martín substituyó la bandera argentina por la peruana. Los colores celeste y blanco son los de la Real Orden de Carlos III. El azul y blanco eran los de la masonería. Belgrano fue al Paraguay con la bandera española. "Todas las glorias argentinas -decía Alberdi- con excepción de la victoria de Salta, son extrañas a la bandera azul y blanca".

Alberdi negó en un todo la historia de Belgrano escrita por Mitre. He aquí uno de sus juicios definitivos:

¡Cinco mil documentos para apoyar cinco mil exageraciones e hipérboles mentirosas, con las que hace de un hombre serio, breve, digno de respeto, un figurón extraño y sin fisonomía, que aparece a la vez valiente y cobarde, revolucionario y poltrón, buen militar y pésimo soldado, gran político y gran candoroso, más grande que todos o inferior a todos, débil y fuerte, tonto y sagaz!²⁴.

²³ Alberdi, J. B., *Ob. cit.* p. 214.

²⁴ Alberdi, J. B., *Ob. cit.* p. 218.

Es sabido que cuando Mitre escribió su historia comenzaban a agitarse las ideas económicas y materialistas de la historia surgidas del manifiesto socialista de Marx y de Engels. Estas ideas, que hoy ningún historiador serio mantiene, fueron tomadas como causas de los hechos de Mayo y, al respecto, se llegó a verdaderas fantasías. Alberdi no creyó nunca en las causas económicas de Mayo y escribió: "¿A qué el vano esfuerzo de traer desde ese tiempo las ideas de libertad comercial, cuando a los cuarenta años después de la Revolución, todavía Buenos Aires mantenía muchas de las trabas que combatía Belgrano?" Era una alusión directa a la política que en los años en que Alberdi escribía existía en Buenos Aires y en la Argentina. Esta nación aún no tenía una capital ni un puerto cuyas rentas se distribuyesen entre todas las provincias. Moreno había contribuido a colocar el gobierno de la Nación en Buenos Aires, a centralizar en una ciudad un poder que correspondía a todas las provincias: situación que Urquiza había deshecho derribando a Rosas, pero que los hombres de Buenos Aires -rosistas y antirrosistas unidos- habían vuelto a imponer con la revolución de septiembre, primero, y la reforma de la Constitución, después.

Los orígenes del federalismo han sido largamente discutidos. Alberdi no los buscó en los cabildos, ni en las distancias geográficas ni en otras partes. Los halló en las ideas políticas, en la doctrina sostenida por Buenos Aires frente al Consejo de Regencia. Dijo: "Pero como la doctrina o principio en nombre de la cual se instaló (el gobierno de Mayo), era la de la soberanía de los pueblos, cada pueblo se consideró soberano al mismo título que el de Buenos Aires y quiso, con razón, tener parte en el gobierno común o central o de todos y para todos". Buenos Aires, en cambio, se opuso a que las provincias tuvieran derecho a pensar como él había pensado y dio al gobierno de Mayo, a pesar de su origen local, una extensión o carácter nacional. El primer acto de federalismo disolvente no fue, como dijo Mitre, el tratado con el Paraguay del 12 de octubre de 1812: fue la propia instalación del gobierno local de Mayo en Buenos Aires. Toda la doctrina de Moreno, de la Junta y de la *Gazeta* respira ese derecho de los pueblos libres a gobernar-

se por si mismos²⁵. Rivadavia disolvió a los diputados de las provincias y dio a Buenos Aires una organización de nación, no de provincia. En Mayo dejó de existir el poder español en el virreinato y empezó a hacerse sentir el de Buenos Aires. El Alto Perú, el Paraguay y el Uruguay no aceptaron el protectorado de Buenos Aires y tornaron por convertirse en naciones independientes. Mayo significó, por tanto, independencia de España y predominio sobre las provincias. Por ello las provincias estuvieron en contra de Buenos Aires. La federación se convirtió en el gran negocio de Buenos Aires. "Buenos Aires es todo, y las provincias, nada". En el Paraguay y en el Alto Perú, los pueblos acudieron a los españoles para resistir a los hombres de Buenos Aires.

Llegado a este punto, Alberdi abandonó la biografía de Belgrano para penetrar hondamente, como era su costumbre, en el problema político de una Argentina sin capital y sin rentas nacionales. Buenos Aires quería perpetuar ese estado de cosas, y las provincias, cambiarlo. Buenos Aires se había apropiado de todo el tesoro de la nación -unos diez millones- y dejaba a las provincias, que producían esa renta, solamente doscientos mil pesos. Además, las provincias garantizaban a Buenos Aires su presupuesto provincial. Muchos era las provincianos -considerados traidores por Alberdi- que apoyaban a Buenos Aires en la explotación y miseria de las provincias.

Alberdi no defendía a los caudillos, pero les hacía justicia en los puntos que lo merecían. Belgrano no recibió su primer golpe de los caudillos, sino de la revolución del 5 y 6 de abril de 1811, es decir, de Saavedra. Moreno y Saavedra tampoco fueron echados por los caudillos, sino por los políticos de Buenos Aires. Mitre presentó a Rivadavia como a uno de los creadores de la democracia argentina. Es, indudablemente, un error que Alberdi no dejó de refutar. Alberdi, en algunos instantes, frente a Mitre, pensaba como los historiadores que defienden a Artigas. San Martín se fue a Chile mientras los portugueses reducían a escombros la provincia de Misiones, en que había nacido. También se encontraban en la Colonia, a

²⁵ Alberdi, J. B., *Ob. cit.* p. 229.

diez leguas de Buenos Aires. Todos estos hechos son objeto de continuas investigaciones y reflexiones. Algunos historiadores creen haberlos explicado suficientemente. Otros opinan que hay en ellos no pocos misterios. Alberdi los observó y los aprovechó para atacar a Mitre. Por ello defendió a Artigas, justificó su actitud de rebeldía al verse abandonado por Buenos Aires cuando los portugueses invadían sus tierras. También defendió a los caudillos que querían la federación fundados en los mismos principios que Buenos Aires había exhibido para sostener su separación de España. Alberdi representaba la antihistoria que había escrito Mitre. Los documentos deban la razón al que los leía. Cada historiador sacaba sus conclusiones. Alberdi, para contrariar a Mitre, escribía:

"Buenos Aires aborrece a los caudillos porque ellos significan en la historia argentina, a la vez que el desconocimiento de la autoridad de España en las provincias, el desconocimiento de la autoridad soberana y suprema que el pueblo de Buenos Aires quiso asumir sobre los otros pueblos de la nación argentina"²⁶.

Mitre, en su polémica con Vélez Sarsfield, atacó a Güemes, a quien Vélez defendía. Alberdi, enemistado con Vélez, pero muchísimo más con Mitre, optó por respetar el nombre de Güemes y caer sobre Mitre. Dijo:

"Y lo trata irrespetuosamente de caudillo maligno, responsable de infinitos desórdenes y abusos, ¿quién? Él, que desde cadete a general no ha peleado más que en guerra civil, es obra exclusiva de la revolución y de la anarquía doméstica, y no ha derramado más sangre que la argentina, incluso la suya, derramada por una bala argentina también, cuya señal lleva en la frente como signo de anarquista consumado"²⁷.

Alberdi sostuvo, rotundamente, que "los caudillos son la democracia". En América se quería suprimir a los caudillos y no se sabía cómo lograrlo. Belgrano quería salvar la democracia independiente de América, monarquizándola, es decir, dándole una personificación americana, noble, alta, digna de ella, en un jefe irrevocable de su elección, con el título de sobera-

²⁶ Alberdi, J. B., *Ob. cit.* p. 277.

²⁷ Alberdi, J. B., *Ob. cit.* p. 278.

no; en lugar de tener por personificación y símbolo encarnado a los Artigas, a los Quiroga, a los Chacho, y a toda esa larga dinastía de reyes de poncho, sin corona, pero sin ley, y armados de un cuchillo en lugar de un cetro²⁸.

Mitre, Sarmiento y los de la escuela liberal pretendían reemplazar a los caudillos de poncho por los caudillos de frac. La monarquía que propiciaba Belgrano no era, por cierto, un signo de demencia. En cuanto al paralelo que Mitre había hecho de Belgrano y de San Martín, Alberdi lo juzgaba "un tejido de invenciones nimias y pueriles". San Martín había perseverado veinte años en Europa sin querer ocuparse de su país²⁹. Belgrano había permanecido en la brecha hasta el fin de su vida. "San Martín no era genio sino entre mediocridades".

En veinte años en España apenas había alcanzado el grado de teniente coronel. En Buenos Aires, la masonería lo hizo general. En cinco años no pudo alejar a los españoles de las provincias del Alto Perú que Belgrano tampoco pudo libertar. No era, por tanto, superior a Belgrano. Pasó cañones a través de los Andes. "Desde la conquista, los españoles tenían dominados a los Andes como a carneros. En Cuyo, provincia de Chile, los Andes eran un límite doméstico y municipal". San Martín no inició la revolución ni la acabó. Después de exponer estas linderas en contra de San Martín, Alberdi elogió a los hermanos Carrera porque habían sido enemigos de San Martín y Mitre, en sus libros, los había deprimido.

Figuras llenas de originalidad, ornato poético, pintoresco y melancólico de la historia americana, los Carrera recibirán el rango que les toca en los recuerdos simpáticos de la historia agradecida, el día en que la verdadera historia reemplace a los cuentos forjados por las pasiones palpitantes todavía, en los descendientes de la generación pasada³⁰.

Belgrano había triunfado en Tucumán y Salta, batallas que "valen algo más, en la historia del nuevo mundo, que las de Cepeda y Pavón, quien quiera que las haya ganado, lo que hasta ahora no se sabe". El plan de San Martín de pasar a

²⁸ Alberdi, J. B., *Ob. cit.* p. 280.

²⁹ Alberdi, J. B., *Ob. cit.* p. 285.

³⁰ Alberdi, J. B., *Ob. cit.* p. 287.

Chile -si fue realmente de San Martín y no de Guido y otros- significó a la Argentina la pérdida de las cuatro provincias del Alto Perú. El mismo San Martín las había ofrecido al virrey La Serna en 1821³¹. "San Martín fue un raro general argentino que empezó por defender a los españoles y acabó por defender a los chilenos y peruanos". ¿Aníbal por haber llevado cañones a través de los Andes? Todos los días los arrieros transportaban pianos desde Cobija hasta Chuquisaca³².

Los *Grandes y pequeños hombres del Plata*, escrito y reelaborado varias veces por Alberdi, es el libro del resentimiento. La figura que debería ser central, de Belgrano, pues fue tomada por motivo de discusión, se pierde entre los ataques a Mitre, a San Martín y a otros personajes. Entre estos otros personajes aparece, en la *Conclusión*, de golpe, sin que nadie lo espere, nada menos que Urquiza. No tenía ninguna parte en este drama en que se levanta a Belgrano porque defendía ideas monárquicas y se elogia a los caudillos porque Mitre los había combatido; pero surge igualmente, como por arte de magia, para hacer más patente la tragedia argentina que después de haberse librado de la tiranía de Rosas y de Buenos Aires, en 1852, por obra de Urquiza, perdió todas esas conquistas por culpa del mismo Urquiza que, por enemistad con Derqui y para salvar su posición y su fortuna, no vaciló en devolver a Buenos Aires todos los privilegios que convertían esta ciudad en dueña del país, perpetuamente esclavizado a su ambición y a su avaricia. Alberdi seguro que no volvería nunca más a la Argentina y que Buenos Aires seguiría oprimiendo a las provincias. Era un mal que en gran parte -según su manera de pensar- se debía a Mitre y que si Belgrano hubiese logrado imponer su proyecto de monarquía constitucional argentina no habría existido. Por ello atacó tan duramente al autor de la *Historia de Belgrano* y presentó el monárquico que fue a Europa a buscar un príncipe como el símbolo del patriotismo argentino. Este libro de Alberdi nos demuestra, una vez más, que la política hace la historia y guía las páginas de la historiografía.

³¹ Alberdi, J. B., *Ob. cit.* p. 289.

³² Alberdi, J. B., *Ob. cit.* p. 291.